

Jacques Attali

KARL MARX O EL ESPÍRITU DEL MUNDO BIOGRAFÍA

Introducción

Ningún autor tuvo más lectores, ningún revolucionario concitó más esperanzas, ningún ideólogo suscitó más exégesis y, fuera de algunos fundadores de religiones, ningún hombre ejerció sobre el mundo una influencia comparable a la que tuvo Karl Marx en el siglo xx.

Sin embargo, justo antes del amanecer del siguiente siglo, en el que nos encontramos ahora, sus teorías, su concepción del mundo fueron universalmente rechazadas; la práctica política construida alrededor de su nombre fue arrojada al tacho de basura de la Historia. Hoy en día, casi nadie lo estudia, y es de buen tono sostener que se equivocó al creer moribundo el capitalismo y a la vuelta de la esquina el socialismo. Muchos lo consideran el principal responsable de algunos de los mayores crímenes de la Historia, y en particular de las peores perversiones que marcaron el fin del anterior milenio, del nazismo al estalinismo.

Sin embargo, cuando se lee su obra de cerca, se descubre que, mucho antes que todo el mundo, vio en qué el capitalismo constituía una liberación de las alienaciones anteriores. Se descubre también que jamás lo consideró en agonía, y que nunca creyó posible el socialismo en un solo país, sino que, por el contrario, hizo la apología del libre comercio y de la globalización, y previó que la revolución, si llegaba, sólo lo haría como la superación de un capitalismo universal.

Cuando se descubre su vida, también se toma conciencia de la increíble actualidad de este extraordinario destino considerado en todas sus contradicciones.

Primero, porque el siglo que atravesó se parece de manera sorprendente al nuestro. Como hoy, el mundo estaba dominado demográficamente por el Asia y económicamente por el mundo anglosajón. Como hoy, la democracia y el mercado trataban de conquistar el planeta. Como hoy, las tecnologías revolucionaban la

producción de energía y de objetos, las comunicaciones, las artes, las ideologías, y anunciaban una formidable reducción del rigor y la dificultad del trabajo. Como hoy, nadie sabía si los mercados estaban en vísperas de una ola de crecimiento sin precedentes o en el paroxismo de sus contradicciones. Como hoy, las desigualdades entre los más poderosos y los más miserables eran considerables. Como hoy, algunos grupos de presión, a veces violentos, hasta desesperados, se oponían a la globalización de los mercados, al ascenso de la democracia y a la secularización. Como hoy, alguna gente tenía esperanza en otra vida, más fraterna, que liberaría a los hombres de la miseria, de la alienación y el sufrimiento. Como hoy, una gran cantidad de escritores y de políticos se disputaban el honor de haber encontrado el camino para conducir a esa meta a los hombres, por las buenas o por las malas. Como hoy, algunos hombres y mujeres valientes, en particular periodistas como Marx, morían por la libertad de hablar, de escribir, de pensar. Como hoy, por último, el capitalismo reinaba como dueño y señor, influyendo en todas partes en el costo del trabajo, modelando la organización del mundo sobre la de las naciones europeas.

Y también porque su acción se encuentra en la fuente de lo que constituye la esencia de nuestro presente: fue en una de las instituciones que él fundó, la Internacional, donde nació la socialdemocracia; fue caricaturizando su ideal como se edificaron algunas de las peores dictaduras del siglo pasado, cuyas secuelas todavía padecen varios continentes. Fue a través de las ciencias sociales, de las que fue uno de sus progenitores, como se moldeó nuestra concepción del Estado y de la Historia. Es a través del periodismo, al que perteneció como uno de sus más grandes profesionales, que el mundo no cesa de comprenderse y, por tanto, de transformarse.

Y por último, porque se halla en el punto de encuentro de todo cuanto constituye al hombre moderno occidental. Del judaísmo, hereda la idea de que la pobreza es intolerable, y de que la vida no tiene ningún valor a menos que permita mejorar el destino de la humanidad. Del cristianismo, hereda el sueño de un porvenir liberador donde los hombres se amen unos a otros. Del Renacimiento, hereda la ambición de pensar el mundo racionalmente. De Prusia, hereda la certeza de que la filosofía es la primera de las ciencias, y de que el Estado es el corazón, amenazante, de todo poder. De Francia, hereda la certidumbre de que la revolución es la condición de la independencia de los pueblos. De Inglaterra, hereda la pasión de la democracia, del empirismo y de la economía política. Por último, de Europa, hereda la pasión de lo universal y de la libertad.

A través de esas herencias que asume y recusa alternativamente, se convierte en el pensador político de lo universal y en el defensor de los

débiles. Aunque algunos filósofos pensaron antes que él al ser humano en su totalidad, es el primero que capta el mundo como un conjunto a la vez político, económico, científico y filosófico. A la manera de Hegel -su primer modelo de pensamiento-, pretende dar una lectura global de lo real; pero, a diferencia de él, sólo ve lo real en la historia de los hombres, y no ya en el reino de Dios. Manifestando una increíble sed de conocimientos en todas las disciplinas, en todas las lenguas, se desvela hasta su último aliento por abarcar la totalidad del mundo y de los resortes de la libertad humana. Es el espíritu del mundo.

En suma, la extraordinaria trayectoria de este proscrito, fundador de la única religión nueva de estos últimos siglos, nos hace comprender cómo nuestro presente se construyó sobre esos pocos hombres que, aunque los caminos del poder estaban abiertos para ellos, escogieron vivir como marginales desprovistos para preservar su derecho a soñar con un mundo mejor. Tenemos para con ellos un deber de gratitud. Al mismo tiempo, el destino de su obra nos muestra cómo el mejor de los sueños llegó a derrapar en la peor barbarie.

Lo digo sin énfasis ni nostalgia. No soy ni nunca fui “marxista” en ningún sentido de la palabra. La obra de Marx no me acompañó en mi juventud; por increíble que pueda parecer, ni siquiera oí casi pronunciar su nombre durante mis estudios de ciencias, de derecho, de economía o de historia. Mi primer contacto serio con él pasó por la lectura tardía de sus libros y por una correspondencia con el autor de *Pour Marx*¹, Louis Althusser. A partir de entonces, el personaje y la obra jamás me abandonaron. Marx me fascinó por la precisión de su pensamiento, la fuerza de su dialéctica, la potencia de su razonamiento, la claridad de sus análisis, la ferocidad de sus críticas, el humor de sus agudezas, la claridad de sus conceptos. Cada vez con mayor frecuencia, con el correr de mis investigaciones, experimenté la necesidad de saber lo que él pensaba del mercado, de los precios, de la producción, del intercambio, del poder, de la injusticia, de la alienación, de la mercancía, de la antropología, de la música, del tiempo, de la medicina, de la física, de la propiedad, del judaísmo y de la historia. Hoy en día, siempre consciente de sus ambigüedades, sin compartir casi nunca las conclusiones de sus epígonos, no existe un tema en el cual me haya internado sin preguntarme qué fue lo que él pensó. Y sin encontrar un inmenso interés en leerlo.

Se escribieron decenas de miles de estudios, decenas de biografías sobre este espíritu prodigioso, siempre hagiográficas u hostiles, pero que casi nunca conservan cierta distancia. No hay ni una sola línea de él que no haya suscitado centenares de páginas de comentarios rabiosos o deslumbrados. Algunos lo convirtieron en un aventurero político, un arribista financiero, un tirano doméstico, un parásito social.

¹ Althusser, Louis, *Pour Marx*, París, La Découverte, 1986.

Otros vieron en él un profeta, un extraterrestre, el primero de los grandes economistas, el padre de las ciencias sociales, de la nueva historia, de la antropología y hasta del psicoanálisis. Otros, por último, llegaron ver en él al último filósofo cristiano.² Hoy, cuando el comunismo parece haberse borrado para siempre de la faz de la Tierra y su pensamiento ha dejado de ser un desafío de poder, por fin resulta posible hablar de él con serenidad, de manera seria y, por lo tanto, valiosa.

En consecuencia, ha llegado el momento de contar sin falsos pretextos, en forma moderna, su increíble destino y su extraordinaria trayectoria intelectual y política. De comprender cómo pudo redactar, cuando tenía menos de 30 años, el texto político más leído de toda la historia de la humanidad; de revelar sus relaciones singulares con el dinero, el trabajo, las mujeres; de descubrir también el excepcional panfletario que era. De reinterpretar al mismo tiempo ese siglo XIX del que somos herederos directos, hecho de violencias y de luchas, de desamparos y de matanzas, de dictaduras y de opresión, de miseria y de epidemias, tan ajeno a los resplandores del romanticismo, a los aromas de la novela burguesa, a los dorados de la ópera y a los arcanos de la *belle époque*.

)))

II. El revolucionario europeo (octubre de 1843-agosto de 1849) (fragmento)

El 3 de octubre de 1843, justo antes de dejar Tréveris y Prusia, Karl pide a Feuerbach que escriba para su futura revista parisina un artículo contra Schelling, importante filósofo idealista que reina entonces en la universidad berlinesa.

Sólo a su llegada a París se entera de la negativa de Feuerbach, para no comprometerse con sus admiradores en el debate político, indigno de su rango. En consecuencia, el lugar de “filósofo comprometido” en política está vacante: Karl lo ocupará. Primero como filósofo, luego como economista, después como pensador global, hasta convertirse él mismo en un dirigente revolucionario. Este deslizamiento

² Henry, Michel, *Marx*, París, Gallimard, 1991.

se realizará precisamente en París, durante los dos vertiginosos años en que reside allí.

La ciudad donde desembarcan Jenny y Karl el 11 de octubre de 1843 es todavía la capital intelectual del mundo. Económicamente, la industria comienza a desarrollarse en Francia sobre la base del modelo inglés, alrededor de la siderurgia y la industria textil; una lucha severa opone a los propietarios terratenientes, dueños de la agricultura y del ejército, y la nueva burguesía, dueña del dinero y de las fábricas. Sin duda, el capitalismo industrial francés está menos avanzado que su homólogo británico. Pero su desarrollo no deja de afectar al conjunto de la sociedad francesa. Frecuentemente estallan motines en el sur del país, en reacción a las condiciones que los empleadores imponen a los obreros.³ La corrupción generalizada en la cumbre del Estado y en el seno de la administración alimenta una profunda desconfianza respecto del poder, que permite augurar una crisis inminente.⁴

La situación política está paralizada por la inercia de Luis Felipe, las intrigas de Guizot y las ambiciones de Thiers. El sistema institucional sigue siendo el de una monarquía autoritaria, pero infinitamente menos policial que en cualquier otra parte del continente. Se cuentan entonces en Francia 750 diarios, ¡230 de ellos en París! Allí los soñadores hablan abiertamente de “revolución”, utilizando indiferentemente en sus discursos y artículos las palabras “demócratas”, “socialistas” y “comunistas” para designar a aquellos que están a favor del sufragio universal, de la educación gratuita para todos, de la mejora de las condiciones de vida de los más pobres. En ocasiones, los propietarios de las empresas son llamados “capitalistas”. Y si bien en 1840 Proudhon fue perseguido y luego absuelto por haber escrito *¿Qué es la propiedad?*, Lamartine puede indignarse sin riesgos cuando en 1843 escribe: “En vez de trabajo e industria libres, ¡Francia es vendida a los capitalistas!”.

En consecuencia, junto con Ginebra, Bruselas y Londres, París es uno de los refugios de los emigrados, que afluyen en oleadas de toda Europa Central, en particular de Alemania, para escapar a la censura política y a las persecuciones policiales. Algunos llegan tras un desvío por Suiza, como el sastre Wilhelm Weitling, o directamente de Prusia, como los hijos de los banqueros Ludwig Bamberger, Jakob Venedey y el entonces famoso poeta alemán Georg Herwegh.

Los alemanes de París tienen varios diarios, entre ellos el *Pariser Horen* [Horas parisinas] y, sobre todo, el *Vorwärts* [¡Adelante!], semanario fundado por Heinrich Bernstein, única publicación de izquierda en lengua alemana no censurada en Europa. Se reúnen en

³ Berlin, Isaías, *Karl Marx, His Life and Environment*, Oxford-Londres-Nueva York, Oxford University Press, 1978 [trad. esp.: *Karl Marx*, Madrid, Alianza, 1988].

⁴ *Idem*.

muchos clubes en cuyas fachadas puede leerse, por lo general en varias lenguas: "Todos los hombres son hermanos". Las sociedades secretas pululan; entre ellas, la Liga de los Proscritos, fundada en París en 1836 por Weitling y organizada de manera piramidal, con secciones locales, círculos y autoridad central. Todos estos movimientos son objeto de una estrecha vigilancia por parte de la policía de Luis Felipe.

Cuando Karl, a los 25 años, desembarca en París, piensa en su padre que durante un tiempo fue ciudadano francés, estudiante en francés de derecho francés, perdidamente enamorado de la Revolución Francesa que le había permitido ejercer su oficio como judío, luego separado de Francia en 1815. Ese padre en cuya opinión Francia era el principal cantero del progreso social, y la clase obrera francesa la vanguardia de la revolución mundial. Ese padre con tres culturas mezcladas -judía, alemana, francesa-, que tan bien había sabido transmitir a su hijo el gusto por la libertad y el universalismo. Piensa en todas las conversaciones que tuvo con él, y que tanto le hubiera gustado retomar ahí, en París. Lleva todavía encima -y con frecuencia mira- el retrato que le había dado en su último encuentro en el verano de 1837.

Heinrich Marx sólo ha muerto cinco años antes, pero, desde entonces, ¡tantas cosas han pasado! Todo cuanto rodeaba entonces al joven ha desaparecido. Perdió a su segundo padre, el barón Von Westphalen. Perdió a su hermano y a dos hermanas. Renunció a toda esperanza de convertirse en profesor, como confiaba su padre. Se alejó de su madre y de sus cuatro hermanas.

Dispone de un poco de dinero entregado por su madre y la madre de Jenny -que lloraba tanto en su partida-, al que se agregan los 1.000 táleros de indemnización pagados por los socios comanditarios de la revista de Colonia, Dagobert Oppenheim, Moses Hess y Georg Jung. Arnold Ruge, que lleva las finanzas de su revista común, le prometió un salario mensual de 550 táleros, más 250 táleros de derechos por número. Lo cual, en París, constituye un ingreso más que honorable. Pero sobre todo está Jenny, la mujer de su vida, con la que ni en sueños se imaginaba casado, y que está ahí, con él, ya encinta. Ya nada enojoso puede ocurrirle.

Como todos los alemanes que desembarcan en ese momento en París, él espera que el exilio sea de corta duración, aunque allí encuentre a compatriotas instalados desde hace más de veinte años. Como estaba previsto, los Marx se alojan primero con los Ruge en casa de los Herwegh -llegados poco antes que ellos-, en una vivienda confortable. Si Georg Herwegh es un poeta desgredado, su mujer, hija de un rico banquero berlinés, tiene la costumbre de vivir con holgura y hasta quiere llevar adelante su propio salón literario. No se siente transportada de entusiasmo ante la invasión de los recién llegados: a su juicio, "jamás esa pequeña sajona [la señora Ruge] y la muy inteligente

y muy ambiciosa señora Marx podrán vivir juntas”.⁵ Y no se equivoca: al cabo de algunos meses, la pareja Marx se muda y se instala en la calle Vaneau 30, en un apartamento conveniente. Toman una criada a quien Jenny abona el equivalente de 4 táleros por día, lo que es un buen pago.⁶

Karl comienza a frecuentar las agrupaciones de refugiados alemanes. Vuelve a tratarse con Wilhelm Weitling, con quien se cruzó en Berlín, primer trabajador manual con el que tropieza; asiste a las reuniones de la Liga de los Proscritos, el grupo de emigrados que fundó el sastre siete años antes. Se relaciona con el poeta Heinrich Heine, veintinueve años mayor que él, primo lejano por la rama materna de su familia, cosa que entonces ambos ignoran. El poeta está fascinado por la inteligencia de ese joven filósofo caído del cielo, y viene casi todos los días a la calle Vaneau para discutir sobre política y literatura. Comparten un mismo gusto por los utopistas franceses. Heine habla de Saint-Simon a Karl, quien lo exhorta a poner su genio poético al servicio de la libertad: “Deje de una vez -dice Karl- esas eternas serenatas amorosas, y muestre a los poetas cómo se maneja el látigo”.⁷ Heine solicita las observaciones del joven sobre una gran sátira política y social en la que está trabajando (*Allemagne: conte d’hiver*),⁸ aunque por lo general detesta las críticas; por lo demás, se queja a menudo con Karl de los ataques de los periodistas contra su obra. Eleanor, una de las hijas de Karl, largo tiempo después recordará haber oído contar a sus padres: “Era Jenny la que hacía entrar en razón al poeta desesperado, gracias a su encanto y a su espíritu. Jenny lo embrujó; ella tiene tanta gracia, humor, elegancia, un espíritu tan penetrante y fino”.⁹ Paul Lafargue, que se convertirá en el marido de Laura, una hermana de Eleanor, confirma el hecho sin tampoco haber sido testigo de las relaciones parisinas entre los dos hombres: “Heine, el satírico despiadado, temía la mordacidad de Marx, pero tenía una gran admiración por la inteligencia fina y penetrante de su mujer”.¹⁰

Karl descubre entonces las ideas del mundo obrero francés; no visitando talleres -que no se visitan-, sino frecuentando al comunista Étienne Cabet, que acaba de publicar su *Viaje por Icaria*, y al socialista

⁵ Giroud, Françoise, *Jenny Marx, la femme du diable*, París, Robert Laffont, 1992 [trad. esp.: *Jenny Marx o La mujer del diablo*, Barcelona, Planeta, 1992].

⁶ Seigel, Jerrold E., *Marx's Fate. The Shape of a Life*, Princeton, 1978.

⁷ Giroud, Françoise, *Op. Cit.*

⁸ Heine, Heinrich, *Allemagne. Un conte d’hiver suivi de quelques poèmes*, trad. de M. Pellisson, París, 1994 [trad. esp.: *Alemania. Un cuento de invierno*, Madrid, Hiperión, 2001].

⁹ *Souvenirs sur Marx et Engels*, Moscú, Éd. en langues étrangères, s. f.

¹⁰ Lafargue, Paul y Wilhelm Liebknecht, *Souvenirs sur Marx*, París, Bureau d’éditions, 1935; retomado en *Souvenirs sur Marx et Engels*, Moscú, Éd. en langues étrangères, s. f.

Louis Blanc, de quien aprecia la idea de utilizar un Estado poderoso para preparar el advenimiento de una sociedad sin clases ni aparato represivo. Estima su inteligencia política y su cultura teórica, pero se irrita por sus constantes referencias religiosas. Entonces trata de conocer a Proudhon: desde que lo leyó en Berlín, admira en él al hijo pródigo, de padre obrero cervecero y madre cocinera, boyero a los 6 años antes de entrar, a los 10, como becario en el colegio real de Besanzón, donde sus brillantes estudios fueron interrumpidos por falta de dinero. Pero el autor de *¿Qué es la propiedad?* vive en Lyon, y el encuentro tarda en producirse.

Karl visita París con entusiasmo. Está deslumbrado por la Exposición industrial que acaba de inaugurarse y por la iluminación por arco eléctrico de la plaza de la Concordia. La electricidad, que apenas está surgiendo, lo fascina: ve en ella el símbolo del advenimiento de una sociedad nueva donde todo será abundante, accesible y diferente. Frecuenta el salón de la condesa de Agoult, donde se cruza con Ingres, Liszt, Chopin, George Sand y Sainte-Beuve. Nada indica que se haya relacionado particularmente con alguno de ellos. Devora las novelas de Balzac, de Hugo y de Sand. Balzac es su preferido. También lee *Le vampire*, el libro de John Polidori (amigo de Mary Shelley, autora de *Frankenstein*),¹¹ que le produce una fuerte impresión¹² y del que extraerá una metáfora acerca de la monstruosidad del capital, “chupador de sangre”. Lee con pasión *El judío errante*, de Eugène Sue, toma notas sobre cualquier volumen que le cae entre manos y piensa a su vez en escribir, pero no logra escoger un tema. Algunos meses más tarde, Ruge, a quien ve cotidianamente, observa al respecto:¹³ “Marx quería criticar el derecho natural de Hegel desde el punto de vista comunista, luego escribir una historia de la Convención, y también una crítica de todos los socialistas. Siempre aspira a escribir sobre lo que leyó en último lugar, pero prosigue sus lecturas sin descanso y reproduce nuevos extractos”. Esta observación, ya hecha a propósito de sus primeras obras, será una de sus constantes: no soltar nunca los textos. Veremos que hasta inconscientemente hará de eso uno de los ejes de su análisis del trabajo y la alienación.

¹¹ Shelley, Mary, *Frankenstein*, en *Three Gothic Novels*, Penguin Books, 1968. [trad. esp.: *Frankenstein*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000].

¹² Wheen, Francis, *Karl Marx*, Londres, Fourth Estate, 1999 [trad. esp.: *Karl Marx*, Barcelona, Debate, 2000].

¹³ Raddatz, Fritz J., *Karl Marx*, París, Fayard, 1978.